Una mirada nativa del bosque

Propuesta de relación ambiental entre el bosque La Primavera y la Zona Metropolitana de Guadalajara

Elba Castro Rosales

Ilustraciones de Canela Saucedo Heredia

AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR

Una mirada nativa del bosque

Propuesta de relación ambiental entre el bosque La Primavera y la Zona Metropolitana de Guadalajara

AMIGOS DE LETRAS PARA VOLAR

Una mirada nativa del bosque

Propuesta de relación ambiental entre el bosque La Primavera y la Zona Metropolitana de Guadalajara

Elba Castro Rosales
Ilustraciones de Canela Saucedo Heredia

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrector Ejecutivo

José Alfredo Peña Ramos
Secretario General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinadora General Académica

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Directora de la Editorial Universitaria

Primera edición electrónica, 2017

Texto
© Elba Aurora Castro Rosales

Ilustraciones
© Silvia del Carmen Saucedo Heredia

D.R. © 2017, Universidad de Guadalajara

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 978 607 742 931 9

Noviembre de 2017

Hecho en México / Made in Mexico

Autorizado para su distribución gratuita. Prohibida su venta.

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Presentación

Letras para Volar es un Programa Universitario de Fomento a la Lectura que inició en 2010 con el fin de contribuir a desarrollar la competencia lectora en todos los grados escolares; principalmente, con el propósito de hacer frente a los insuficientes niveles de lecto-escritura con que parte de los jóvenes ingresan a la universidad; y, en los demás casos, mejorar los estándares de aprovechamiento académico.

Letras para Volar trabaja con niños y adolescentes de primarias y secundarias públicas localizadas en zonas económicamente desfavorecidas. Cada semana, prestadores de servicio social de la Universidad de Guadalajara acuden a diferentes escuelas, casas-hogar, hospitales civiles y espacios públicos como plazas, bibliotecas y ferias del libro para servir a la comunidad a través de estrategias que promuevan el amor por las letras, la ciencia y la cultura.

La colección Amigos de Letras para Volar es el resultado de la generosidad de diversos autores e ilustradores. Va a ellos nuestro agradecimiento por esta sensible contribución, con el deseo de que sus palabras y trazos vuelen junto con los sueños y aprendizajes de la niñez y juventud mexicanas.

¡Que ningún niño se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General de la Universidad de Guadalajara

¡Qué asombro debió despertar en los conquistadores de América encontrarse con las selvas, los manglares, los matorrales, los bosques lluviosos... sitios inexistentes en Europa!

A la belleza de estos parajes se sumaban además formas impensadas de convivencia del ser humano con la naturaleza: ciudades edificadas sobre lagos, pirámides circulares, hombres águila... una realidad que parecía salida de un cuento fantástico.

Sin embargo, el modo en el que el viejo mundo conoció a América no le permitió aprender de ella. Todo lo encontrado era comparado y subordinado a lo conocido esencialmente en Europa o en Asia. El mundo natural fue colonizado bajo la idea de que el hombre salvaje era una degeneración de su especie y que pronto debía alejarse del infierno de la animalidad por medio de la civilización que se imponía.

Este planteamiento rompió los nexos directos que había entre los humanos y los entramados de vida, también llamados ecosistemas.

Las ciudades se convirtieron en la horma del progreso. El paisaje más placentero echaba humo, producía mercancías y ganancias; el más despreciado, correspondía a la naturaleza silvestre. Esas ideas bastaron para desecar los lagos, rellenar los barrancos, entierrar los ríos y recubrir las cuencas naturales. El bosque La Primavera, por ejemplo, basaba su riqueza en el mercado de las resinas y el aguarrás, en el saqueo de especies, de rocas (como obsidianas y piedras pómez), así como de su madera talada. La grandeza del bosque se redujo al rendimiento económico y sus complejos sistemas ecológicos fueron ignorados. La avaricia por obtener mayores ganancias de la naturaleza se convirtió en un fin inmejorable y eso endureció a las personas.

Con el corazón empedernido y los ecosistemas desintegrados, esta civilización construyó urbes con personas individualistas. La riqueza de las culturas rurales e indígenas se echó al olvido y al desprecio. Rápidamente, las ciudades generaron estilos de vida destructivos que nos llevaron a la crisis que vive hoy nuestro planeta.

¿Cómo podemos volver a mirar a esta tierra con toda su magnificencia y aprender a integrarnos a ella?

Si nos conectáramos con el bosque y con otras redes de vida que nos sustentan, ¿cómo viviríamos?, ¿cómo seríamos oriundos, nativos de estas tierras al abrazarnos a ellas y a sus dinámicas naturales?

Me imagino que se requerirían dos grandes aprendizajes:

1. Aprender a ser animales guadalajarenses, en comunidad con "otros"

En una superficie poco menor a la de la ZMG vive una muchedumbre de individuos de 60 especies de mamíferos, 49 especies de reptiles y 20 de anfibios, más de 205 especies de aves y 7 especies de peces, en conjunción con 1,000 especies distintas de flora. Y todos ellos conviven juntos, hacen el día y la noche encontrándose, mirándose, escondiéndose o buscándose, mancomunándose... Este tumulto de tantos seres diferentes, distintos, contarios, opuestos, algo nos tiene que enseñar sobre los andamios que han construido y, por lo tanto, nos toca aprender de su concomitancia.

Muy por el contrario, con el lente empañado de la culpa, los seres humanos (esta sola especie que somos), aludimos a las formas más vilipendiadas del reino animal para concebir nuestra relación con la naturaleza. Y cuando nos queremos ver al lado del bosque, vemos en nuestro espejo a un temible animal depredador o parásito insalvable, negándonos otras formas de relación, echándonos fuera del paraíso animal y del cual aprender a habitar.

Este precepto nos aleja de nuestra piel ecosistémica, bosque La Primavera.

Con una convivencia más profunda en el bosque comprenderíamos que somos predadores, es decir, buscadores de nuestro alimento, mediante la caza o la recolección sin la autocensura hipócrita por delante... Ser depredadores enfundados en las ciudades nos ha llenado de cegueras éticas. ¿Qué aprenderíamos de nuestra animalidad al conocer al lince, al coyote y al puma, los mayores depredadores en la cadena alimenticia de La Primavera? ¿Qué descubriríamos sobre nuestros límites? ¿Cómo lucirían sus rostros y los nuestros al encontrarnos con respeto más que con miedo?

Por otro lado, comprenderíamos que hay más vida que muerte en el parasitismo. Entenderíamos que la bella flor del muérdago tiene contados sus días de abundancia en ciertas épocas del año. Rechazaríamos al parasitismo como sinónimo de mediocridad en los entramados de vida. Interpretaríamos al encanto como dotador de muerte (pienso en la gracia de unas agallas, una colonia de coloridos insectos sobre una hoja de roble que la va secando) y, por tanto, pensaríamos dos veces antes de decidir si algo es maleza o plaga... bueno o malo... cavilaríamos, siempre... con criticidad... ¿Qué belleza nuestra sería parasitaria en este bosque? ¿Acaso un mapache no sentiría el embrujo de contemplar la cabellera de una mujer que a su vez mira al río acariciado por vapores?

Descubriríamos que debajo de la tierra, en las raíces, hay una unión que mantiene a los árboles de pie... porque un hongo se abraza al rizoma, a la estirpe de un encino, para alimentarse y alimentar a esa enormidad que se levanta muchos metros más que él. En su equivalencia, pensaría en mí, haciendo crecer a otro, que a su vez me aviva.

No podríamos ver a las aves sin pensar que llevan, en sus estómagos, al bosque entero concentrado en diminutas semillas, entenderíamos con ello que las escalas materiales de la vida no significan nada para saber cuánto se es capaz de construir.

Comprenderíamos que las plantas sí se mueven, se tocan y se mancomunan con otras que ni siquiera son verdes sin que les importe mucho.

¿Cómo seríamos diferentes e iguales los humanos con los habitantes del bosque? Seguramente encontraríamos otras relaciones no valoradas por su utilidad o por su perjuicio... no sé cuáles serían, pero de seguro ese repertorio nos hincharía más las ganas de vivir juntos.

2. Abrir la ciudad a sus ecosistemas

Tanta vida nos haría permear la tapiada ciudad para hacerla permeable al bosque y a los guiños de sus sierras y sus barrancas.

Extenderíamos las raíces del bosque a las cuencas de ciertas avenidas. Aprenderíamos a observar los canales naturales de agua y daríamos paso a quien es primero en tiempo y primero en derecho. El agua recorrería paralelamente nuestro andar en la ciudad. La lluvia prodigiosa dejaría de ser tragedia. Comprenderíamos la fosa natural que es la avenida Patria, el cauce que subyace a la avenida López Mateos y que dirige sus escurrimientos hacia el sur, a Santa Anita o a Colima, o bien, comprenderíamos su otra vena por la avenida Mariano Otero en dirección al tutelar y que desemboca en una de las rutas naturales tributarias como es el periférico. Las inundaciones serían vistas como una torpeza urbana y dejaríamos de autocompadecernos con la bravura de las aguas. Igual que en la época prehispánica, el tiempo de aguas sería el tiempo humano del cultivo y el cuidado del crecimiento de las plantas.

Daríamos esa tregua para que el suelo de la ciudad sintiera también ese cambio en el año. Nos daríamos tiempo para admirar los portentosos aguaceros con los estruendos que en estos valles dieron origen a una virgen protectora del rayo.

Ver al bosque La Primavera y sus relaciones, nos exigiría dejar ese modo impersonal de nombrar al agua para distinguirla y llamarla con más sentido. Sabríamos si las aguas son del Colli o si éstas van a los ríos subterráneos de Atemajac, de Tesistán, de Toluquilla, de Tequila o de Ameca... advertiríamos que los 35 manantiales del Bosque y sus 64 norias son totalmente ignorados y que algunos de ellos ni siquiera tienen un nombre propio que los haga, en justicia, relevantes, dignos de ser un signo y símbolo que represente nuestro aprecio y nuestra gratitud por su presencia. Nos daría por visitar los 1,158 pozos, los 57 manantiales y las 452 norias que hay en las venas del bosque hacia Guadalajara y hacia su camino al mar. Veríamos con estima que los acueductos de la ciudad no llevan simplemente agua, sino que llevan en brazos al río Santiago... o a los arroyos tributarios del gran río Ameca. Aprenderíamos a leer de dónde viene la lluvia, conectaríamos a la barranca con las nubes y con los escurrimientos por las arterias de esta ciudad.

El bosque La Primavera nos ayudaría a relacionar el sur-poniente, donde duerme el sol; con ese despeñadero ubicado al norte de esta ciudad: la Barranca. La belleza cundiría en los corredores verdes y azules en un brazo que además haría transitar a pumas, gatos montés, víboras, coyotes. Dejaríamos de ser estúpidamente miedosos para vivir al lado de éstas y otras especies. Se acortaría la distancia geográfica entre ricos y pobres de esta ciudad, sería eliminada, convertida en corredor. Habría menos miserables y buscaríamos que la dignidad de los habitantes y de los paisajes fuera un continuo en la topografía de esta urbe. También buscaríamos conocer con aprecio las historias y el significado que han tenido estos espacios naturales. Dejarían de ser abandonados del imaginario social, serían de nuestra incumbencia, de nuestra experiencia de vida, no serían más espacios para atrincherar a la violencia o el delito.

Dejaríamos que estos lugares integrados con la ciudad fueran corredores poblados de flores y animales nativos, conocidos entre sí, para que atravesaran la ciudad antes de permitir un acto de brutal autoritarismo: que la ciudad y sólo ella atraviese al bosque o cale en la barranca.

Seguir al bosque y su tacto nos llevaría a hablar purépecha buscando a los habitantes de los bosques de Michoacán, o totonaca al subir las sierras que atraviesan la cintura del país, por el eje neovolcánico transversal y que van a dar al Golfo de México.

Así, tendría sentido sentir "nuestros" los desmontes de las sierras del sur, de Talpa-Mascota y Antenguillo o Cuale o al norte de Iztlán que van a dar al mar.

En época de estiaje, en las secas frías o las secas cálidas, nosotros, siguiendo el ejemplo de los encinos, tendríamos por principio de sobreviencia el equivalente a desprendernos, no sin sacrificio, de nuestras hojas afelpadas para no dejar escapar el agua con la que contamos. Abandonaríamos las necesidades más dispendiosas para apreciar cada gota de agua y compartirla con las demás especies y necesidades. Daríamos cabida en nuestra lectura del tiempo a un momento para que la escasez nos lleve por reflexiones hondas sobre lo que hemos tenido o perdido.

En esta época todo acaparador de agua sería envilecido con la mirada social. Los tandeos dejarían de ser asunto del SIAPA y serían un asunto moral.

Con la ciudad abierta, viviríamos todos en el bosque y seríamos de él. Miraríamos que en esta urbe somos parte de las redes de vida, no entrada, garita y mucho menos paso geográfico a ningún lado.

Comprenderíamos qué pliegue de arena es este dedo de volcanes que nos toca.

Quizás todo esto pueda imprimir una cara diferente a los urbanitas... seríamos nativos con un rostro ambiental de gozosa sobrevivencia y con promesa de vida. Interpretar y vivir la relación plena con el bosque nos daría otro rostro más humano, seríamos estudiantes, o niño/a o habitante que tiene las ventanas de su casa abiertas, sin rejas. Y sin rejas también una ciudad que abraza y agradece a los demás entramados que le dan vida.

Eso imagino que sería nuestra vida unida al bosque.

Para saber más...

Andrade-Torres, A. (2010). Micorrizas, antigua relación entre plantas y hongos. *Revista de la Academia Mexicana de Ciencias*. Octubre-diciembre. Vol. 61 Núm. 4. Consultado en la dirección http://www.revistaciencia.amc.edu.mx/index.php?option=com_content&id=177 el día 20 de octubre de 2014.

Caponi, G. (2008). La 'unidad de tipo' en la historia natural de Buffon. *Revista Brasileira de Historia de la Ciencia*. Vol 1. Núm 1. Enero–junio de 2008. Consultado el día 19 de octubre, en la página http://www.scientiaestudia.org.br/associac/gustavocaponi/la_unidad_de_tipo.pdf

Del Castillo, A. (2007). *Los ríos de Occidente. Arterias de vida.* Congreso del Estado de Jalisco. México.

Ospina, W. (2006). *América Mestiza, el país del futuro.* Distribuidora y Editora Aguilar. Alianza, Taurus, Alfaguara Colombia.

Rosenzvaig, E. (1995). *Etinas y árboles. Historia del Universo ecológico Gran Chaco.* Editorial Premio Casa de las Américas. La Habana, Cuba.

Plan de Manejo Bosque La Primavera. Gobierno del estado de Jalisco.

Sepúlveda, P. (2014). Por primera vez en el mundo población urbana supera a la rural. Tendencias: 20/05/2014. Consultado el día 20 de octubre de 2014, en la página: http://www.latercera.com/noticia/tendencias/2014/05/659-576298-9-por-primera-vez-en-el-mundo-poblacion-urbana-supera-a-la-rural.shtml

En el verano de 2016 se presentó una primera edición de este libro, como parte del proyecto Bosque para Todos que a la fecha sigue siendo una propuesta del Centro de Cultura Ambiental e Investigación Educativa (CCAIE). El objetivo del proyecto es favorecer el conocimiento y la conservación del bosque La Primavera, en Jalisco, además de investigar sobre las riquezas que nos otorga el bosque y lo que sería de nuestra ciudad sin él. Como propósito más complejo y profundo quiere avanzar en el largo camino que implica comprender que éste es un bosque para todos, para todas las especies que en él habitan y para nosotros, pues es, sobre todo, un guardián irremplazable.

Una mirada nativa del bosque
se terminó de editar en noviembre de 2017 en las oficinas
de la Editorial Universitaria, José Bonifacio Andrada 2679,
Lomas de Guevara, 44657 Guadalajara, Jalisco

Sol Ortega Ruelas
Coordinación editorial

Jorge Orendáin Caldera
Cuidado editorial

Canela Saucedo Heredia
Diseño y diagramación